

75

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Via Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 296

25 Cts.



**LA TRAGEDIA
DEL NUEVO CIRCO**

POR
Stacia Napierkowska
Constant Rémy
FilmoTeca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 296

LA TRAGEDIA DEL NUEVO CIRCO

Interesantísima comedia dramática interpretada por los célebres artistas

STACIA NAPIERKOWSKA, Constant Rémy,
M. San Juana, etc.

EXCLUSIVA DE

PRÍNCIPE FILMS, S. Ltd. - San Sebastián

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

FILMS PIÑOT

Calle Valencia, 228-BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
ROBERT ELLIS



LA TRAGEDIA DEL NUEVO CIRCO

Argumento de la película

I

Recostado sobre las costas de Francia, bellamente decoradas por el pincel de la Naturaleza, la suprema artista, se apiñaba el pintoresco caserío de una pequeña ciudad cuyos habitantes vivían felices consagrados a las faenas de la pesca.

Aquella tarde los hombres que salieron al mar regresaban más alegres que de costumbre entonando animadas canciones.

Habían comenzado los festejos de la ciudad, famosos en toda la comarca.

Entre las atracciones que habían despertado mayor interés en el real de la feria figuraba la barraca del célebre Circo Bescapé, en cuya troupe de volatineros y gimnastas se destacaban artistas de verdadero mérito. Los más fa-

mosos de ellos eran los hermanos Gianni y Nello Bescapé, habilidosísimos barristas y dueños actuales del circo que heredaron de su padre.

Gianni y Nello se profesaban un cariño entrañable. Gianni, el mayor, tenía ternuras de padre para Nello, que lo adoraba como el más respetuoso de los hijos.

Su número obtenía siempre gran éxito, no sólo por las cualidades gimnásticas de los hermanos Bescapé sino por sus excelentes disposiciones musicales, de las cuales hacían alarde en arriesgados trabajos, tocando el violín con extrema perfección en los momentos de mayor dificultad y riesgo.

Otro de los artistas que gozaba de mayor popularidad era el luchador Rabartens, conocido más generalmente por el sobrenombre de "El Alcides". En su juventud, fué efectivamente un hombre de prodigiosas fuerzas. Pero en la actualidad, próximo a cumplir los sesenta años, su energía y destreza habían decrecido bastante y se veía precisado a recurrir a numerosos trucos para conservar su antiguo prestigio.

Al día siguiente de haber comenzado a actuar el circo ambulante, llegó a la pequeña ciudad francesa un navegante muy conocido de

la región y al que se designaba con el apodo del "Podenco" debido a su eterno husmear tras la caza de negocios lucrativos.

Aquella noche asistió a la representación del circo, demostrando con la escasa atención que al espectáculo otorgaba que no era el deseo de ver el trabajo de los artistas el móvil que allí lo había llevado.

En la pista realizaba "El Alcides" algunas de sus proezas levantando pesos, la mayoría huecos que podían ser manejados fácilmente por un niño. El público, sin darse cuenta del truco, aplaudía entusiasmado. "El Alcides" debió olvidarse de la farsa que representaba porque se permitió dirigirse a los espectadores diciendo:

—"El Alcides" lanza un reto a los hombres más fuertes de la localidad. ¿Hay alguno que quiera luchar conmigo?

Un robusto mocetón saltó a la pista y el anciano Hércules sufrió una derrota completa que fué acogida con grandes aplausos ya que el vencedor era hijo de la localidad.

Cuando los hermanos Bescapé terminaron su trabajo en el que, como siempre, derrocharon ingenio y destreza, Gianni fué a sentarse junto al "Podenco" en quien había reconocido a un antiguo amigo de su padre. Le interrogó acerca de su parecer sobre los ar-

tistas de la compañía y el "Podenco" respondió sin preocuparse de endulzar la crudeza de su juicio:

—Tú no eres como tu difunto padre, Gianni... Para tener el mundo que él tenía y lograr los éxitos que él lograba, te falta de acometividad lo que te sobra de corazón.

Gianni rechazó esta crítica, diciendo:

—¿Qué sabes tú, vejete? Los números de papá estaban bien montados para su tiempo... Hoy quiere el público cosas nuevas, de más riesgo, de más emoción.

El "Podenco" insistió despiadado:

—Pues si todo lo nuevo es como tu luchador... más ganarías poniéndolo con un tambor a la puerta de la barraca.

Y, luego, añadió:

—Ve a buscarme al "Chapeau Rouge", después de la función. Es posible que combinemos algo práctico para ambos.

Cuando la barraca se hubo cerrado aquella noche, Gianni acudió a la cita del antiguo amigo de su padre.

Instalados cerca de una mesa hablaron de diversos asuntos hasta que, habilidosamente conducida por el "Podenco", la conversación volvió a recaer sobre el Circo.

El cauto agente de negocios dijo a su interlocutor:

—Ya he visto esta noche que el asunto no marcha todo lo bien que fuera de desear. Claro que el oficio de artista ecuestre está cada día más difícil. Sin embargo, si tu padre viviera... A propósito; me han dicho que pensabas vender el circo.

Gianni replicó con tristeza:

—En ello pienso muchas veces cuando veo que todos mis esfuerzos por mejorarlo se estrellan contra dificultades insuperables.

—¿Y cuánto quieres por él?... Así en conjunto. Fíjate en que te librarías de una porción de material viejo, casi inservible.

—Ahora mismo no puedo precisar cantidad... Tendría que pensarlo.

—Te ofrezco veinte mil francos. Y ya puedes asegurar que es un buen negocio el que te propongo. Con los veinte mil francos tu hermano y tú tendríais medio de montar un número de gran circo, de lanzaros ahora que sois jóvenes.

El "Podenco" había acertado en su argumentación. Desde hacía tiempo, los hermanos Bescapé soñaban con una transformación completa de su trabajo que, de conseguirla, había de colocarlos a la cabeza de los artistas más

famosos. Su proyecto estaba terminado por completo y sólo les faltaba para llevarlo a la práctica disponer del capital necesario para adquirir los aparatos adecuados y dedicarse durante una temporada, y exclusivamente, al aprendizaje y entrenamiento. Así es que las palabras de "Podenco" acabaron por decidir a Gianni.

—Acepto tu proposición — le dijo—, pero con una condición: la de que renueves los contratos de toda mi compañía.

El "Podenco" protestó:

—Pero tú quieres arruinarme, Gianni... ¿Qué voy yo hacer con tu payaso de muecas tristes y con tu Hércules que no puede ni con su propia grasa?

Gianni no cedió. No podía él consentir que la venta del circo significase para ninguno de sus compañeros la desgracia de un paro forzoso. El "Podenco" concluyó por acceder y el trato quedó cerrado.

Cuando Gianni se reunió con su hermano, le comunicó la noticia. Nello se entristeció un poco ante la necesidad de abandonar aquella vida y aquellos camaradas entre los cuales creció en edad e ilusiones. Pero, obediente siempre a las decisiones de su hermano mayor,

no opuso ningún reparo. Gianni creyó, no obstante, su deber justificarse.

—Ya sé que es muy triste — dijo — romper el lazo que nos ata a los recuerdos. La barraca es nuestro hogar; pero, desgraciadamente, un hogar cada día más pobre. ¿A qué obstinarse en luchar contra un destino que ha de vencernos?

Nello se limitó a afirmar:

—Lo que tú hagas está bien hecho, hermano. Para mí, ya lo sabes, nada hay más poderoso que tu voluntad.

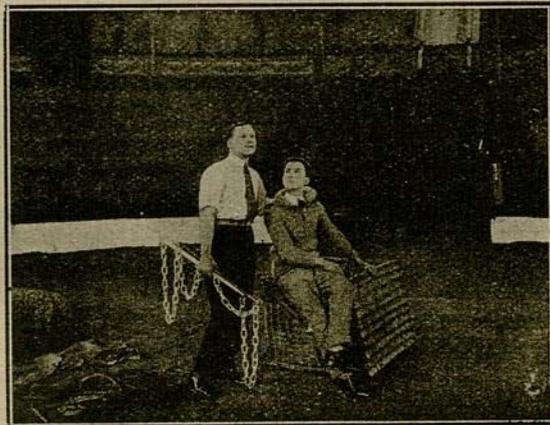
Gianni añadió para mejor sincerarse:

—Por fin, Nello, vamos a realizar el sueño tan acariciado. Con ese dinero compraremos el material para nuestro nuevo número. ¡El trapecio volante! Piensa en lo que eso significa; la celebridad y los contratos fabulosos... ¡La fortuna y la gloria!

Dos días después, ultimadas las formalidades de la venta y asegurada la prórroga de los contratos de sus compañeros, llegó para los hermanos Bescapé la hora de la partida, y con ella el triste adiós a la barraca y objetos familiares. Recorrieron en silencio todas las dependencias del circo y, seguidos de los que hasta entonces habían sido sus camaradas, se dirigieron a la estación ferroviaria.

Todos les hacían recomendaciones y, con lágrimas en los ojos, les suplicaban que no los olvidasen.

—Cuatro letritas de vez en cuando, señor



...Con ese dinero compraremos el material para nuestro nuevo número. ¡El trapecio volante!

Bescapé, para darnos la alegría de saber que nos recuerdan.

Al fin llegó el convoy y los dos hermanos subieron a uno de sus vagones después de estrechar por última vez las manos de sus compañeros.

Y cuando el tren se puso en marcha, hasta en las grandes pupilas de Sultán, el viejo perro de la compañía, el dolor de la separación definitiva puso humedades de llanto.

II

Los Bescapé fueron a Londres y durante más de dos meses trabajaron en la preparación del sensacional número proyectado.

En el estadio donde se congregaban todos los gimnastas de los circos londinenses, se dedicaron al entrenamiento con todo el entusiasmo que sus ilusiones les prestaban.

La novedad y el riesgo del número de los hermanos Bescapé no tardó en difundirse entre sus nuevos camaradas y llegar a conocimiento de los agentes artísticos. Uno de estos, representante de la agencia Roberts, que gozaba de reconocido crédito, les invitó a pasarse por su despacho donde les presentaría a su director con objeto de que los contratase para el Nuevo Circo de París.

Los Bescapé aceptaron la invitación y al día siguiente se presentaron en el sitio convenido.

El director de la agencia estuvo en todo

conforme menos con el apellido de sus clientes.

—Bescapé... — les dijo—. Ese nombre ha corrido ya demasiado por las ferias para constituir una seria atracción.

Gianni dió la solución:

—Podemos tomar el apellido de mi madre. Desde ahora nos llamaremos “Los Hermanos Zenganno”.

El contrato quedó firmado en condiciones en extremo favorables y Gianni y Nello partieron el día siguiente a París.

El Nuevo Circo, recientemente inaugurado en la capital francesa, era el predilecto del público, y los artistas que en él trabajaban, los más afamados del mundo.

Entre estos últimos figuraba la *écuyère* Miss Trompkins, americana multimillonaria a quien su gran amor a los caballos había empujado a la vida del mundo circense.

Fué la primera a quien los hermanos Bescapé fueron presentados, y en Gianni produjo honda impresión aquella excéntrica mujer de grandes ojos negros y desenvuelto continente. Por el contrario, Miss Trompkins pareció interesarse por el joven Nello a quien envolvió en una mirada acariciadora y cuya mano estrechó con significativa afectuosidad.

La multimillonaria americana que todas las noches hacía las delicias de los asiduos al Nuevo Circo poseía una soberbia residencia decorada de modo originalísimo que respondía a los exóticos gustos de su dueña.

Eran pocas las personas que se podían alabar de haber penetrado en aquel templo de exquisitez y arte. Miss Trompkins vivía orgullosamente alejada de todo trato social, sin más compañía que la de sus servidores entre los que descollaba el secretario particular de la *écuyère*, hombre de escasísimas palabras, dispuesto siempre a ejecutar los mandatos de su ama aun a costa de la propia vida.

Pero los favoritos de Miss Trompkins eran dos caballos blancos, iguales, como si el uno fuese reproducción exacta del otro. Ninguna noche se acostaba sin prodigarles sus caricias y recrearse en la obediencia sumisa que le prestaban los nobles y hermosos animales.

Sin embargo, la noche en que fué presentada a los hermanos Bescapé, Miss Trompkins regresó a su palacio llevando su imaginación ocupada con recuerdo tan grato, que se olvidó de la acostumbrada visita a sus favoritos.

Como se esperaba, el éxito de Gianni y Nello fué resonante. La primera en felicitarlos fué la famosa *écuyère*, quien aquella noche se

hallaba radiante de satisfacción como si el triunfo de los hermanos fuese cosa propia.

Gianni, cada vez más enamorado de la americana estrechó la mano que ella le tendía, afirmando:

—No merezco yo sus felicitaciones. Todo el mérito del número está en el trabajo de Nello.

No era esto verdad, pero revelaba el profundo cariño que los hermanos se profesaban.

Miss Trompkins, sin reparar en las miradas ardientes y suplicantes de Gianni, tomó el brazo de Nello y le obligó a que la acompañase a su camerino.

Gianni los siguió de lejos y por la entreabierta puerta del cuarto de la artista, sobre la superficie pulida de un espejo indiscreto, descubrió a su hermano y a Miss Trompkins en animado diálogo, tanto que desde entonces comprendió que el amor que llenaba su pecho no sería jamás correspondido.

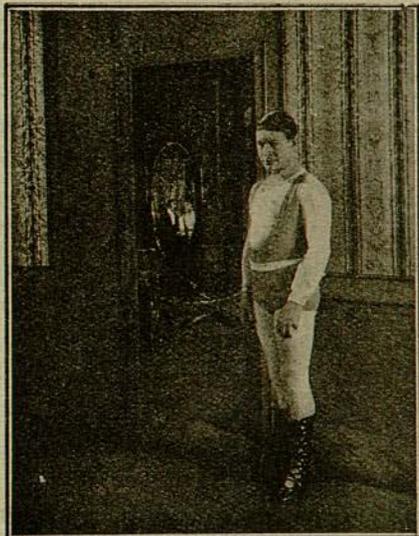
A sus oídos llegaba también la voz acariciadora de la amazona, como un puñal que le hiriera el alma con el doble filo del desamor de ella y de la rivalidad del hermano.

Gianni regresó a su cuarto, abrumado bajo el peso de su impotente tristeza. ¿Cómo iba él a luchar contra su querido Nello?

Y en tanto, en el camerino de la *écuyère*,

seguía, todo calideces, entonando sus estrofas, un poderoso y naciente afecto.

Sin embargo, Gianni no reveló a Nello la tragedia de su alma. Procuró mostrarse ante él con la alegría y el cariño de siempre.



...sobre la superficie pulida de un espejo indiscreto, descubrió a su hermano y a Miss Trompkins...

A la siguiente mañana, después de su frugal desayuno, los dos hermanos se dedicaron

con juvenil entusiasmo al cotidiano entrenamiento de su gimnasio particular. Por la tarde estuvieron en el ensayo en el Nuevo Circo donde volvieron a encontrarse con Miss Trompkins que ya no recató la predilección por Nello, haciendo más profunda, con ello, la herida que en el corazón de Gianni sangraba.

Pocos días después, durante uno de estos ensayos vespertinos, Gianni mostró al director del circo los planos de una modificación que pensaban introducir en su arriesgado trabajo.

—Aquí, en lo alto — explicó — añadiremos una barra fija al trapecio volante... Además, trabajaremos sin red.

El director se mostró entusiasmado.

—¡Magnífico! — exclamó—. Veo que se trata de una novedad de gran emoción, con la que podrán ustedes hacer una preciosa reclame para su función de gala.

Mientras tanto, Nello conversaba animadamente con Miss Trompkins; Gianni los descubrió y, lejos de huir de la para él dolorosa escena, se acercó a ella. Quería vencerse a sí mismo; quería aprender a sonreír mintiendo frialdad, cuando más candente era la llama que lo devoraba.

El diálogo de los dos amantes terminó po-

niéndose ella de pie y estrechando la mano de Nello, mientras le decía:

—Lo dicho. Mañana le espero a tomar el te.

Aquellas palabras que envolvían una promesa ardiente, fueron escuchadas por Gianni que aún tuvo fortaleza en aquel momento para ocultar a su hermano la amargura que lo devoraba.

Pero a la tarde siguiente, cuando Nello se disponía a separarse de él para acudir a la cita con la americana, Gianni no pudo impedir que el dolor que llenaba su alma asomase a sus ojos.

Nello, ignorante del drama interior de que su hermano era víctima, quedó asombrado de aquella actitud insospechada. Se acercó a él y le interrogó lleno de ternura:

—Gianni, hermano mío... ¿Qué tienes? ¿Cuándo me ocultaste tus pesares?

Gianni no pudo contenerse y preguntó también con voz temblorosa:

—¿Dónde vas, Nello?

—¿Dónde he de ir? — repuso el hermano con sorpresa—. Ya lo sabes. A casa de la señorita Trompkins.

Pero al notar el dolor que tal respuesta produjo en Gianni, se apresuró a añadir:

—Si tú no quieres, no iré... Te lo prometo.

Gianni quiso hacerse fuerte, pero sus mismas palabras le delataron.

—Sí, Nello, Debes ir... ¿Vas a sacrificarte tú por mis locuras?

Nello le miró sorprendido. Nunca pudo ima-



—Sí, Nello. Debes ir... ¿Vas a sacrificarte por mis locuras?

ginar el muchacho el secreto que su hermano acababa de revelar.

—Pero... ¿Tú la amabas? — le preguntó.

Gianni permaneció en silencio. No se sentía capaz de un nuevo disimulo.

Nello tuvo entonces la plena certeza del drama y exclamó desolado:

—¡Cómo podía yo figurarme que por mi culpa sufriese tu corazón!

Gianni insistió, generoso:

—Anda, Nello, ella te espera... Yo sabré curarme de esta dolencia insensata.

Nello tomó una resolución.

—Iré, Gianni — dijo a su hermano—. Pero queda tranquilo. No seré yo quien vuelva a hacerte padecer.

En su elegante residencia, Miss Trompkins esperaba impaciente la llegada del joven trapicista. Había hecho llevar flores en abundancia y se había ella vestido con sus más originales y suntuosos atavíos.

Cuando Nello penetró, salió a recibirle y lo acogió con prometedora efusión haciéndole sentar muy cerca de ella en un ancho diván oriental.

Le miraba a los ojos y le hablaba apasionadamente, queriendo encender con sus ojos y sus palabras en el corazón del joven artista la llama de ilusión que en el suyo ardía.

No obstante, Nello permanecía serio, esquivando las miradas de ella y rehuyendo su contacto. Al fin, Miss Trompkins se dió cuenta de que algo imprevisto sucedía a su adorado. Le reconvinó.

—No es ese el rostro franco y alegre de

mi querido Nello. ¿Por qué tal gesto de contrariedad o amargura?

Nello le aseguró que nada extraordinario le había acaecido, que era el mismo de siempre. Sin embargo, cuando ella colocó una de sus



—¡Oh! — se lamentó ella—. Cualquiera diría que inspiro a usted desconfianza, temor...

manos sobre el hombro, él intentó librarse de la dulce presión.

—¡Oh — se lamentó ella—, cualquiera diría que inspiro a usted desconfianza, temor!...

E insistió en su actitud apasionada. Tomó entre las suyas una de las manos de Nello y

mirándole intensamente a los ojos le dijo con trémulo llanto:

—Has sido la primera y única ilusión de mi alma... ¡Yo te amo, Nello, te amo!

El muchacho estuvo a punto de sucumbir a tanta seducción. Pero el recuerdo del dolor del hermano le hizo contenerse. Y no sintiéndose con fortaleza para resistir una nueva provocación de aquella hermosa mujer, se levantó y se marchó sin decir una sola palabra, después de despedirse de Miss Trompkins con una ligera inclinación de cabeza.

Ella quedó sorprendida, atónita. Pero su natural orgullo restó importancia a aquel lamentable incidente.

—¡Bah! — exclamó—. ¡Es un niño!

III

Desde aquella misma noche, Nello procuró alejarse cada vez más de la *écuyère*. Para hacerla renunciar por completo a toda esperanza y dar al mismo tiempo a su hermano la seguridad de que entre él y Miss Trompkins todo había concluido, comenzó a cortejar a una de sus compañeras, una muchachita rubia y extremadamente linda que ejecutaba con aplauso un interesante número de equilibrista.

Una noche la americana sorprendió a los

dos jóvenes en apasionado diálogo y no supo contenerse. Siguió a Nello cuando éste regresó a su cuarto y le echó en cara su proceder.

No trató él de defenderse. Se limitó a en-



Una noche la americana sorprendió a los dos jóvenes en apasionado diálogo...

cogerse de hombros, asegurando que, puesto que era libre, podía entregar su corazón a quien quisiera.

La *écuyère*, ciega de indignación, le recriminó:

—¡Usted no podía ser más que eso, un saltimbanqui!

En aquel momento penetró Gianni en el cuarto y Nello temió que achacase a causa distinta a la que en realidad obedecía la presencia de Miss Trompkins en aquel lugar. Para alejar toda sospecha de su hermano, afirmó:

—Miss Trompkins ha venido a... a expresarnos su deseo de éxito en nuestro beneficio.

Gianni fingió que daba crédito a la disculpa y se mostró muy agradecido a la americana a la que enseñó el material para montar la variante de su número, cuyo estreno había de verificarse a la noche siguiente coincidiendo con el beneficio de los hermanos Zenganno.

—Esta barra fija — explicó — la montaremos encima del trapecio volante bajo el cual quedará suprimida la red protectora. El ejercicio es muy peligroso y todo él corre a cargo de mi querido Nello, siempre más ágil y más artista que yo.

Miss Trompkins salió despechada del cuarto de los hermanos Zenganno. Pero una idea siniestra cruzó por su imaginación y puso una sonrisa de triunfo en sus labios.

De regreso a su camerino hizo llamar al fiel secretario, quien con su habitual mudez y respeto escuchó el plan de vengadoras decisiones de su ama.

Mientras tanto, en la habitación de los Zenganno, Nello trataba de disipar por completo las sospechas de Gianni.

—Quiero volver a ver la sonrisa en tus labios, Gianni — le decía—. Yo te aseguro que esa mujer no significa nada para mí.

Como todas las noches abandonaron aquella noche el circo cogidos del brazo, conversando acerca de sus ilusiones en el porvenir. No repararon en que alguien los espiaba y, al abandonarla ellos, penetró furtivamente en su habitación.

Y una mano criminal limó aquella noche uno de los eslabones de la cadena que había de sostener la barra fija de los hermanos trapeceistas en la función inmediata.

En su serenata de honor Gianni y Nello obtuvieron el éxito acostumbrado en sus habituales trabajos. El público esperaba impacientemente que llegara el momento en que los famosos artistas realizasen la proeza extraordinaria anunciada.

La emoción general era aquella noche mayor por haberse suprimido la red protectora.

Desde la entrada de la pista, pálida y trémula de impaciencia, espiaba Miss Trompkins todas las incidencias del espectáculo.

Llegó el instante con más ansiedad esperado.

Nello, después de balancearse con temeridad en el trapecio volante, alcanzó con un prodigioso salto la barra fija en la que continuó sus inverosímiles piruetas.

El entusiasmo aumentó y los aplausos se convirtieron en generales y contundentes ovaciones.

Ni los espectadores ni los artistas pudieron notar que uno de los eslabones de la cadena de la barra iba cediendo y preparaba a la fiesta un epílogo trágico.

Nello continuaba su trabajo con pasmosa agilidad y Gianni lo contemplaba lleno de orgullo.

De repente, la cadena cedió por completo y el joven artista quedó suspendido a diez metros de altura y sostenido por una sola mano sin posibilidad de ser socorrido con la prontitud que su difícil situación requería.

Al fin, la mano cedió y el infortunado Nello se precipitó contra la pista.

Todos, espectadores y artistas, corrieron en auxilio suyo. Gianni, con el alma destrozada, lo tomó en sus brazos y subió con él al primer taxi que halló a la puerta del Circo.

Mientras tanto, Miss Trompkins, que había

presenciado el desarrollo de toda la tragedia por ella preparada, regresaba a su camerino y ordenaba a su secretario:

—Mande inmediatamente mis maletas a la estación. Salgo en el primer tren.

Y al día siguiente, mientras el convoy la llevaba lejos de París, hojeando con perversa curiosidad los diarios de la mañana, leyó esta sensacional noticia:

EL GRAVE ACCIDENTE EN EL NUEVO CIRCO

Anoche, en el Nuevo Circo, durante la función de beneficio de los hermanos Zenganno, que trabajaban sin red, el menor, Nello, cayó a la pista, a consecuencia de una rotura de su aparato.

El médico de servicio ha diagnosticado fractura de ambas piernas y, particularmente, de más gravedad en la derecha.

IV

El accidente retuvo a Nello varias semanas en cama velado inconsolablemente por Gianni.

Los compañeros del infortunado artista no dejaban pasar un solo día sin visitar al accidentado al que prodigaban toda clase de consuelos.

Nello los agradecía, pero afirmando:

—Yo sé que estoy condenado a largo tiempo de quietud y estoy tranquilo. Es mi pobre Gianni quien necesita ánimo... ¡El sufre más que yo!

Gianni, con los ojos arrasados en lágrimas, explicaba, después de besar a su hermano en la frente:

—Así lo veréis siempre. Cuando más graves son los males que le aquejan, en vez de pensar en él, piensa en mí.

Un día, uno de los artistas que fué a visitar al herido dijo a Gianni al despedirse:

—Es preciso tener valor y no abandonarse a la desesperación.

Gianni replicó:

—No creas que me falta; pero, cuando pienso que fuí yo el que le induje a trabajar sin red, me consume el remordimiento.

El artista, en tono confidencial, dijo a Gianni:

—En el Circo, examinando vuestro aparato, se ha visto que el eslabón roto estaba limado.

Y, luego, en voz aun más baja, añadió:

—Se sospecha de la Trompkins... Su salida de París apenas ocurrió el accidente, es una acusación contra ella.

Gianni quedó estupefacto.

—¡La Trompkins!... ¿Será posible?

El artista continuó:

—Es preciso indagar, Gianni. Y si la *écuyère* resulta culpable, que sufra el castigo que su maldad merece.

Pero Gianni le atajó:

—¿Para qué? ¡Dejad a la infame! Si ella preparó la tragedia, su castigo no me devolverá las piernas de mi hermano.

Cuando al fin Nello pudo abandonar el lecho y salir a la calle apoyado en dos muletas, su primera visita fué al Circo, porque quería tener la satisfacción de volver a hallarse entre sus compañeros.

Fué recibido con la natural alegría y Nello pudo recrearse contemplando los ensayos que en aquel momento se llevaban a efecto.

Mientras tanto Gianni, invitado por el director, fué con él a su despacho.

El director le advirtió:

—Es preciso, amigo mío, que se revista usted de valor para oír lo que voy a decirle. El accidente no fué tal; fué un crimen. La culpable está ya detenida.

Gianni procuró disimular la impresión que tal noticia le produjo.

El director añadió:

—Y aun debe escuchar otra triste verdad.

Si quiere usted continuar entre nosotros precisa que se busque otro compañero para su trabajo.

Gianni rechazó con amargura:



—...Si quiere continuar con nosotros, precisa que se busque otro compañero para el trabajo.

—¡Oh, no!... ¿Dar yo ese pesar a mi hermano? ¡Imposible!

—¿Por qué aferrarse a una ilusión? — contestó el director—. Sé que el médico afirma que Nello no podrá volver a la pista, que quedará inútil para su número.

El dolor de Gianni estalló en entrecortados sollozos.

—¡Oh, Nello...! — exclamó—. ¡Pobre hermano mío!

El director le recomendó:

—Hay que hacerse fuertes contra la realidad, Gianni... Y, sobre todo, evitar, por compasión, que el enfermo sepa la verdad.

Gianni procuró disimular cuando volvió al lado de su hermano.

Nello contemplaba en aquellos momentos el ensayo de un nuevo barrista y se hallaba poseído de la desesperación de su impotencia.

Cuando vió regresar a su hermano se dirigió a él, diciéndole:

—Estoy desesperado de esta insoportable inactividad, Gianni... ¿Cuánto tiempo voy a estar aún sin trabajar?

Gianni, ocultando su propia amargura, trató de consolarle.

—No te desespere, querido mío. Precisamente el médico ha asegurado al director que no tardarás ni dos semanas en ponerte completamente bien.

No obstante, la desesperación de Nello iba en aumento. Durante las noches llegaron a turbar su sueño pesadillas en las que siempre ha-

bía ágiles artistas que se mofaban de la forzosía inacción del herido.

Una madrugada despertó, presa de horrible angustia y, al ver vacío el lecho de su hermano, receló no sabía qué irremediables desdichas y se decidió a ir a buscarle.

Arrastrándose trabajosamente, pudo llegar hasta el gimnasio particular instalado en la casa, donde encontró a Gianni entregado a entrenarse para su número personal.

Comprendió todo lo horrible de su porvenir y no supo acallar su grito de dolor que se escapó de su pecho.

Gianni le escuchó y corrió a su lado. Nello le abrazó sollozando y diciéndole:

—¡He tenido un sueño horrible, hermano! Unos hombres implacables hacían volatines y piruetas en torno mío, burlándose de mi impotencia.

Gianni trató de consolarlo:

—¡Oh, no llores! — le suplicó—. Tus lágrimas abrasan mi corazón. ¿Puedes creer en las mentiras de los sueños?

El desgraciado muchacho suplicó con emocionante acento: :

—Gianni... ¡Si ha de cumplirse esa pesadilla mía, prométeme que me amarás siempre... que nunca abandonarás a este pobre inútil!

Gianni le estrechó en sus brazos, exclamando:

—¿Abandonarte yo?... ¿Acaso no sabes que te quiero más que a mi vida?... ¡Calla, calla!

Y, luego para calmar la amargura del infeliz, añadió:

—¡Ya verás como curas, hermano... como volvemos a nuestro Circo, a nuestro público que te aplaudirá con el mismo entusiasmo!

V

A los tres meses del fatal accidente, Nello se hallaba totalmente restablecido. Sin embargo, la importancia de las heridas sufridas había restado agilidad a sus miembros, lo que hacía muy peligrosa su vuelta a los trabajos de trapecio.

Afortunadamente, la imaginación de los hermanos artistas era fecunda en recursos y, puestos de acuerdo, comenzaron a preparar un número de gran novedad en el que, sin ningún riesgo, habían de lucir sus extraordinarias aptitudes musicales.

Los periódicos de aquella mañana insertaban la interesante noticia.

EN EL NUEVO CIRCO

Los célebres hermanos Zenganno reaparecerán muy en breve para regocijo de sus nu-

merosos admiradores. Dejando el trapecio volante, de siniestra memoria, presentarán un admirable número musical, llamado a producir verdadera sensación.

Aquel suelto lo leían con las cabezas juntas Nello y aquella equilibrista a quien comenzó a cortejar con propósito de romper con Miss Trompkins. Entre los dos jóvenes había crecido un verdadero y profundo afecto que había aumentado durante la convalecencia de Nello, durante la cual ella le prestó los más tiernos cuidados.

Tan unidas estaban las cabezas que al terminar la lectura del suelto informativo y volverse para mirarse frente a frente, los labios se unieron en un apasionado beso.

Y, Gianni, que en aquel momento se hallaba entregado a estudios musicales en un instrumento de su propia invención, ejecutó una solemne marcha nupcial, dichoso de que, en compensación de su gran sacrificio, la vida le ofreciera a Nello un nuevo amor, una nueva ventura.

FIN

PRÓXIMO NÚMERO
EL CABALLO VENCEDOR
por la encantadora VIOLA DANA